

## Cuentos breves

1 El payaso parecía estar más contento, a pesar de que había muerto un familiar suyo. Todos sabemos lo duro que resulta una situación así. El público había sido avisado de ello y todos reían con más fuerza. Todo sonreía en el circo.... Y el payaso, sabiéndolo, se alegraba más. No todos los días se le muere a uno la suegra.

2 Y, en el cénit de su primera riña conyugal, el príncipe le dijo: ¡Ojalá nunca me hubieras dado aquel maldito beso. Ahora estaría tranquilamente con mis amigos, croando a la luz de la luna!

3 Cuando levantaron el cadáver, en la plaza, todo se quedaron extrañados: debía de ser extranjero, porque había muerto con una sonrisa en la boca.

4 Cuando nació el príncipe se hizo una gran fiesta nacional. Bailes, Fuegos artificiales, revuelos de campanas, disparos de cañón...  
Con tanto estrépito el recién nacido se murió.

5 Su trabajo de espía le había deparado un sinfín de emociones y fatigas, y ahora, ya al final de su carrera, veía con dulce impaciencia la llegada de su jubilación. Su última misión de campo, además, se encontraba a punto de concluir: esperar al contacto (“Jimmy”), pronunciar la palabra convenida y extender su mano para recibir el diskette. Así de fácil. Sólo –le habían dicho– tendría que mantenerse especialmente frío y sereno, porque el contacto era un tipo desconfiado y meticuloso, que haría fuego ante el menor imprevisto. Fue una lástima, pues, que su primer ataque de amnesia le llegara al saludar a “Jimmy”.

### Apocalipsis

La extinción de la raza de los hombres se sitúa aproximadamente a fines del siglo XXXII. La cosa ocurrió así: las máquinas habían alcanzado tal perfección que los hombre ya no necesitaban comer, ni dormir, ni leer, ni hablar, ni escribir, ni hacer el amor, ni siquiera pensar. Les bastaba apretar botones y las máquinas lo hacían todo por ellos. Gradualmente fueron desapareciendo la Biblia, los Leonardo Da Vinci, las mesas y los sillones, las rosas, los discos con las nueve sinfonías de Beethoven, las tiendas de antigüedades, el vino de Burdeos, las oropéndolas, los tapices flamencos, todo Verdi, las azaleas, el palacio de Versalles. Sólo había máquinas. Después los hombres empezaron a notar que ellos mismos iban

desapareciendo gradualmente, y que en cambio las máquinas se multiplicaban. Bastó poco tiempo para que el número de los hombres quedara reducido a la mitad y el de las máquinas aumentase el doble. Las máquinas terminaron por ocupar todo el espacio disponible. Nadie podía moverse sin tropezar con una de ellas. Finalmente los hombres desaparecieron. Como el último se olvidó de desconectar las máquinas, desde entonces seguimos funcionando.

### El crimen perfecto

--Creí haber cometido el crimen perfecto. Perfecto el plan, perfecta su ejecución. Y para que nunca se encontrara el cadáver lo escondí donde nadie se le ocurriera buscarlo: en un cementerio. Yo sabía que el convento de Santa Eulalia estaba desierto desde hacía años y que ya no había monjitas que enterrasen a monjitas en el cementerio. Cementerio blanco, bonito, hasta alegre con sus cipreses y paraísos a orillas del río. Las lápidas, todas iguales y ordenadas como canchales de jardín alrededor de una hermosa imagen de Jesucristo, lucían como si las mismas muertas se encargasen de mantenerlas limpias. Mi error: olvidé que mi víctima había sido un furibundo ateo. Horrorizadas por el compañero de sepulcro que les acosté al lado, esa noche las muertas decidieron mudarse: cruzaron a nado el río llevándose consigo las lápidas y arreglaron el cementerio en la otra orilla, con Jesucristo y todo. Al día siguiente los viajeros que iban en lancha al pueblo de Fray Bizco vieron a su derecha el cementerio que siempre habían visto a su izquierda. Por un instante, se les confundieron las manos y creyeron que estaban navegando en dirección contraria, como si volvieran a Fray Bizco, pero en seguida advirtieron que se trataba de una mudanza y dieron parte a las autoridades. Unos policías fueron a inspeccionar el sitio que antes ocupaba el cementerio y, cavando donde la tierra parecían recién removida, sacaron el cadáver (por eso, a la noche, las almas en pena de las monjitas volvieron muy aliviadas, con el cementerio a cuestas) y de investigación en investigación... ¡bueno! el resto ya lo sabe usted, señor Juez.

### Espiral

Regresé a casa en la madrugada, cayéndome de sueño. Al entrar, todo oscuro. Para no despertar a nadie avancé de puntillas y llegué a la escalera de caracol que conducía a mi cuarto. Apenas puse el pie en el primer escalón dudé de si ésa era mi casa o una casa idéntica a la mía. Y mientras subía temí que otro muchacho, igual a mí, estuviera durmiendo en mi cuarto y acaso soñándome en el acto mismo de subir por la escalera de caracol. Di la última vuelta, abrí la puerta y allí estaba él, o yo, todo iluminado de luna, sentado en la cama, con los ojos bien abiertos. Nos quedamos mirándonos un instante de hito en hito. Nos sonreímos. Sentí que la sonrisa de él era la que también me pesaba en la boca: como en un espejo, uno de los dos era falaz. <<¿Quién sueña a quién?>>, exclamó uno de nosotros, o quizá ambos simultáneamente. En ese momento oímos ruidos de pasos en la escalera de caracol: de un salto nos metimos uno en el

otro y así fundidos nos pusimos a soñar al que venía subiendo, que era yo otra vez.

### La muerte

La automovilista (negro el vestido, negro el pelo, negros los ojos, pero con la cara tan pálida que a pesar del mediodía parecía que en su tez se hubiese detenido un relámpago), la automovilista vio en el camino a una muchacha que hacía señas para que parara. Paró.

--¿Me llevas? Hasta el pueblo, no más---dijo la muchacha.

--Sube—dijo la automovilista. Y el auto arrancó a toda velocidad por el camino que bordeaba la montaña.

--Muchas gracias—dijo la muchacha con un gracioso mohín --pero ¿no tienes miedo de levantar por el camino a personas desconocidas? Podrían hacerte daño. ¡Esto está tan desierto!

--No, no tengo miedo.

--¿Y si levantas a alguien que te atraca?

--No tengo miedo.

--¿Y si tematan?

--No tengo miedo.

--¿No? Permíteme presentarme --dijo entonces la muchacha, que tenía los ojos grandes, limpios, imaginativos. Y, en seguida, conteniendo la risa, fingió una voz cavernosa. --Soy la Muerte, la M-u-e-r-t-e.

La automovilista sonrió misteriosamente.

En la próxima curva el auto se desbarrancó. La muchacha quedó muerta entre las piedras. La automovilista siguió y al llegar a un cactus desapareció.

### El emperador de la China

Cuando el emperador de la China murió en su vasto lecho, en lo más profundo del palacio imperial, nadie se enteró. Todos estaban demasiado ocupados en obedecer sus órdenes. El único que lo supo fue el Primer Ministro, hombre ambicioso que aspiraba al trono. No dijo nada y ocultó el cadáver. Transcurrió un año de increíble prosperidad para el imperio. Hasta que, por fin, el Primer Ministro mostró al pueblo el esqueleto del emperador.

--¿Veis? --dijo--. Durante un año un muerto se sentó al trono. Y quien realmente gobernó fui yo. Merezco ser emperador.

El pueblo, complacido, lo sentó en el trono y luego lo mató, para que fuese tan perfecto como su antecesor y la prosperidad del imperio continuase.